

Alfonso Navalón, con su ganadería en la finca El Borrocal, en el término de Fuentes de Oñoro, en 1991.

VICENTE

FUENTES DE OÑORO

El Consistorio dedica una calle al crítico taurino Alfonso Navalón

El pleno reconoce la trayectoria de “uno de nuestros personajes más emblemáticos”

JUAN T. MUÑOZ
FUENTES DE OÑORO

Alfonso Navalón Grande, nacido por casualidad en Huelva el 5 de abril de 1933 y fallecido en Salamanca el 27 de agosto de 2005, contará con una calle en Fuentes de Oñoro, localidad vinculada a la familia y a la que siempre tuvo como referencia en su vida. Allí fraguó su amor a los toros, estableció su ganadería y en su campo-anto reposan sus restos.

Este genial crítico taurino, convertido y polémico, quizá el de

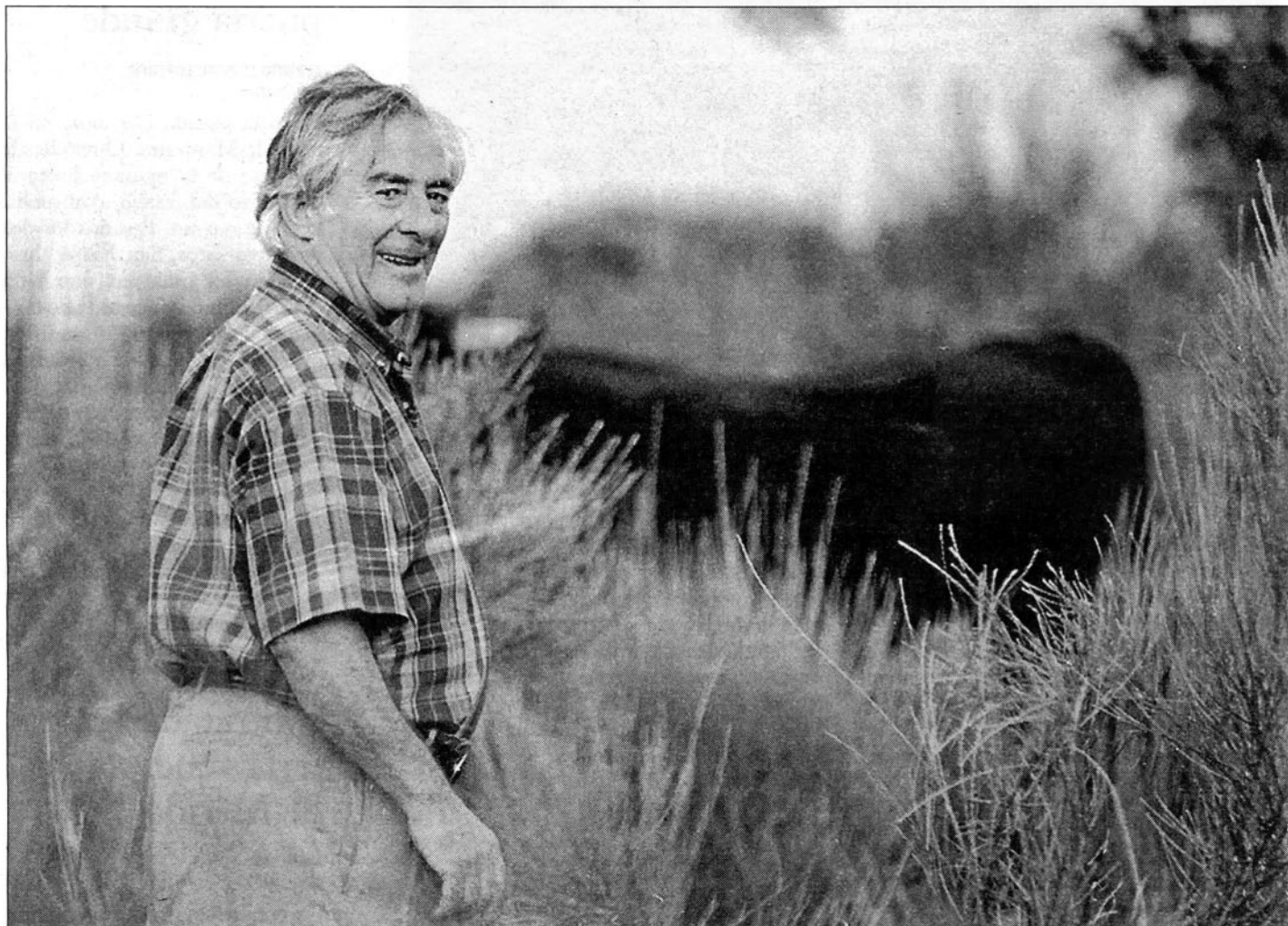
mayor calado y proyección en todo el siglo XX, cuenta desde el pasado lunes con el acuerdo plenario para convertirle en epónimo, para que una de sus calles, una de las más principales, la que une la población con la estación, lleve su nombre, algo que emocionó a sus familiares cuando tuvieron conocimiento del acuerdo de la Corporación que preside el independiente Isidoro José Alanís.

El alcalde considera a Alfonso Navalón un “personaje fundamental, uno de los grandes personajes, de los emblemáticos de Fuentes de Oñoro”. Tal vez, junto a otra referencia del mundo taurino, Pedro Martínez, *Pedrés*, “los dos personajes más emblemáticos que hemos tenido”, recalca Alanís.

La calle que llevará el nombre de Alfonso Navalón es una de las

más transitadas de esta localidad fronteriza. No ha habido que sustituir al epónimo, puesto que el que lo ostentaba, Pedro Mateos, seguirá figurando en uno de los ramales de la calle, ya que era una bifurcación del callejero.

Navalón, novillero también en su amplia faceta taurina, se fraguó como cronista en los periódicos y revistas taurinas de mayor calado nacional, caso de *El Ruedo*, *Pueblo* o *Informaciones*, aunque sus comienzos periodísticos estuvieran ligados al semanario *La voz de Miróbriga* y, especialmente, a *El Adelanto*, en donde colaboró en varias etapas, así como en otros rotativos provinciales y nacionales. Precisamente, cuando le sorprendió la muerte en el verano de 2005, estaba anunciada su reaparición en *El Adelanto*, que publicó sus últimas crónicas. ■



Calle Navalón, esquina para escribir y torear

El marqués de Salamanca, que era de Málaga porque los ricos nacen donde quieren, se arruinó varias veces y acabó excomulgado, pero le pusieron su nombre al barrio más fetén de Madrid, y lo demás ya es literatura. Viene esto a que **Alfonso Navalón** ha dejado de ser un peatonal, para convertirse en calle. En esta foto borrosa y poco parecida que es la posteridad, uno sólo permanece si acaba en placa municipal. Tiene uno dicho aquí, que **Cela** le espetó a un ministro que en veinte años ningún español recordaría su nombre, mientras que el de el escritor acabaría en los sellos de correos. Ahora la carta con el sello de Cela se franquea para la calle Navalón 23, Fuentes de Oñoro, código postal '3700algo'. Y del ministro de Cela, o de los julaís de la Diputación que putañecaban a Alfonso, no se acuerda ni Dios.

A Navalón le han puesto una calle en su pueblo y le han dado su nombre a un premio del **Timbalero** los mismos a los que despreciaba y despeñaba en sus columnas. Propinas que da la muerte, porque los muertos son los eternos traicionados. Ahora que la gente redacta, y casi nadie escribe, el verdadero homenaje a Alfonso sigue siendo leerle, o escribirle, como hizo **Cañamero** en su imprescindible biografía que tituló "Escribir y

torear". Leer al Navalón putañero y rugiente de oros en su tinta. Un genio escribiendo de los cuernos de **Joselito**, el culo de **Caepa**, el toro de **Madrid**, los trinques de **Molés** o el rocío sobre los peñascos de **El Berrocal**. Navalón rubricó su propia biografía con una firma insistente, persistente y fija, tanto en los crímenes como en los sonetos. Defendió la Fiesta como nadie, exprimió la vida, fue el crítico más importante de su siglo, y uno de los cabrones más entrañables de esta ciudad. En el viejo **Tribuna** resuenan todavía los ecos de una máquina de escribir que apuñalaba con los dedos y tronaba como una ametralladora. Entendía como nadie el campo y a las mujeres, porque al final son las dos únicas sabidurías útiles del hombre. Pude, gracias a Cañamero, su amigo más fiel y su pupilo más aventajado, conocer lo que había al otro lado del barranco, brindar con él en el **Garamond** mientras me llamaba Franquito, y me bir-laba a una amiga de la hija de **Esplá**. Navalón murió de epílogo, más de cualquier otra miseria cancerable, y cito a Umbral para epilogar: "El talento es el que lo tiene todo menos eso que hay que tener. El genio es ese que anda desvalido sin otra cosa que su genialidad". Descanse en ese libro, en esta calle, un gran genio desvalido. ||